

# EL IDEAL VELEZANO

SEMANARIO INDEPENDIENTE

Director: D. Andrés Chico de Guzmán | Redacción: Calle de Lozano, núm. 2

SE PUBLICA LOS DOMINGOS

SUSCRIPCIÓN: UN MES 0'50 PESETAS

## INTERESANTE

Este semanario será ordinariamente de dos hojas; pero siempre que la redacción lo estime oportuno, constará de tres, quedando dicha mejora á beneficio de nuestros suscriptores.

## UN RECUERDO

A mi querido amigo  
D. Paco el Pollo.

Era una de esas mañanas otoñales, tan espléndida y deliciosa como propia de esta hermosa región de Andalucía. Las encrespadas sierras, nuestros amenos campos, la fértil vega, nuestro apiñado pueblo, todo animado por un sol radiante, ensanchaba mi espíritu, despejaba mi inteligencia, esclarecía mi memoria, recordando en aquel momento para apropiarla á este hermoso panorama, aquella célebre descripción de Castelar en que nos habla, transportándonos á la misma Grecia, de las «sombas de los árboles del Pireo», teniendo á la vista los mares helenos, (aquí ríos) entre el zumbido de las abejas y el chirrido de las cigarras áticas, cuando el sol naciente dora las cimas del Hibleo...

Pues bien, en la mañana de referencia, y tras un largo paseo por los ricos alrededores de la villa, donde saboreé á mis anchas el delicioso, el sugestivo paisaje que describo, para mí sólo comparado con los de aquellas regiones del Ática, llegué al casino como de costumbre, é interrogando á mis amigos con mi típica frase «¿qué se miente desde anoche?» hubieron de contestarme que no había más novedad, que el ministro de Fomento, acompañado del Sr. Laserna, el Gobernador de la provincia y varios otros representantes llegaría al día siguiente á nuestro pueblo.

Justamente que la noticia «A Dios gracias», como hubiera dicho entonces el insigne y popularísimo, hoy ya fallecido escritor, Luis Taboada, no podía ser más importante. ¡Nada menos que un ministro! ¡Un miembro del Gobierno, como quien dice...!

No lo tome usted á guasa; el caso era para nosotros—mejor dicho—para el pueblo, extraordinario, casi estupendo; pues, desconociéndose aquí el fenómeno, es decir, ignorándose las consecuencias, como ocurría no ha mucho con Halley, nada de extraño tuvo que la mayoría de la gente, al difundirse la especie se quedase estupefacta.

Verdad que estas, casi no llegaban á concebir que clase de ser era un consejero de la Corona, y tan es así, que cuando vino éste y al cruzar el coche que le conducía, rápidamente por la carretera, pasado ya el puente, próximo al pueblo, no faltó individuo que amén de descubrirse se postrase de rodillas. Escena que como otras muchas de parecida índole, pasaría inadvertida para el ministro, pero que en modo alguno pasaba para los que formando en aquella comitiva, le precedíamos en nuestros respectivos carruajes, con singular espíritu de observación.

Y vamos al grano, mejor dicho, vamos á lo serio.

Al tener las autoridades locales la noticia oficial de la visita, nada tardó el alcalde en convocarnos á las Salas Consistoriales para comunicarnos tan fausta nueva.

Como representante del pueblo—dijonos éste—tengo un verdadero interés en que todos y cada uno por nuestra parte, dispensemos el más espléndido y entusiasta recibimiento al señor ministro de la Gobernación, que según telegrama que acabo de recibir, deberá lle-

gar esta tarde.—¡No!—replicaron algunos que ya conocían el despacho telegráfico—no es el de Gobernación, si no el de Fomento.—Justamente, el de Fomento—hubo de exclamar nuestro alcalde, y quedó corregido el «lapsus».

A partir de aquella hora, en que empezó á circular rápidamente la noticia por el pueblo, todo fué algarada, regocijo, entusiasmo delirante en los chiquillos, ávidos siempre de fiestas y dispuestos por tanto á tomar parte en toda clase de espectáculos gratuitos, y á atronar con sus descompasadas voces el espacio.

A las dos y media de la tarde, previo acuerdo de quienes constituíamos la comisión que había de recibir al ministro, acudimos á casa del alcalde, en cuya puerta hallábanse ya preparados los carruajes, que acto continuo escalamos, poniéndonos inmediatamente en marcha para dirigirnos á la venta denominada la Carrasca, distante de aquí siete kilómetros y sitio prefijado para esperar á su excelencia.

Pocos momentos hacía que habíamos llegado á la citada venta, cuando el terrible estampido de un cohete disparado desde la cumbre de un cerro inmediato, nos hizo presumir que el coche del ministro aparecía. No nos habíamos equivocado; puesto que diez minutos más tarde el carruaje que conducía á éste y sus ilustres acompañantes, llegaba á la venta.

Hecha la presentación de todos al ministro por nuestro diputado á la sazón Sr. Laserna, y tras de varios cómicos incidentes, inevitables casi siempre en estos casos, ocupamos de nuevo los carruajes, que enfilados en la carretera y en el orden correspondiente, marchando á la cabeza el que conducía al ministro, alcalde, diputado y al padre del mo-